

en el fondo impregnados de amor sincero, acendrado y profundo á la humanidad.

Estas notas de Saint-Just que una mano piadosa ha querido ordenar para formar un libro, parecen revelar noches de tético, de fúnebre estudio en los cementerios de Monceau y la Magdalena.

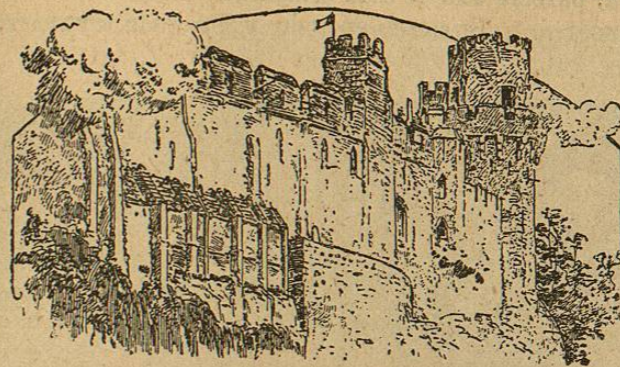
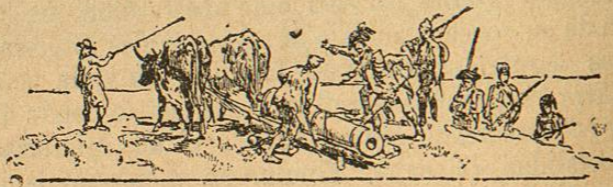
Saint-Just fué terrible en su tiempo porque amaba el porvenir. Su sociedad le era odiosa y antipática, porque á través de ella misma observaba su perfeccionamiento para lo futuro.

Guardián certero de la Revolución, de la que debía responder ante las generaciones futuras, parece domiciliarse en una isla escarpada y salvaje.

Todos traicionan á este Licurgo, hasta el espíritu mismo de su época. El comité, Barere, Couthon, todos le traicionan. Saint-Just parte para ponerse al frente del ejército y Robespierre excluye á los nobles del famoso decreto.

Lebas, el hombre de Robespierre en misión con Saint-Just mismo y viajando con él, hácese entregar con frecuencia los registros de los comités revolucionarios y arranca las denuncias presentadas contra los curas. Estas hojas arrancadas aún las posee la familia de Lebas.

Llamado por Robespierre para asistir á la fiesta del Ser Supremo, Saint-Just no acude á la petición de su maestro.



CAPITULO II

Los robespierristas precipitan á su jefe hacia el poder (Abril-Mayo del 94.)

Todos los poderes en manos de Robespierre.—Oposición contra él.—Discurso de la fiesta del Ser Supremo (7 de Mayo).—Se niega á ayudar á Polonia.

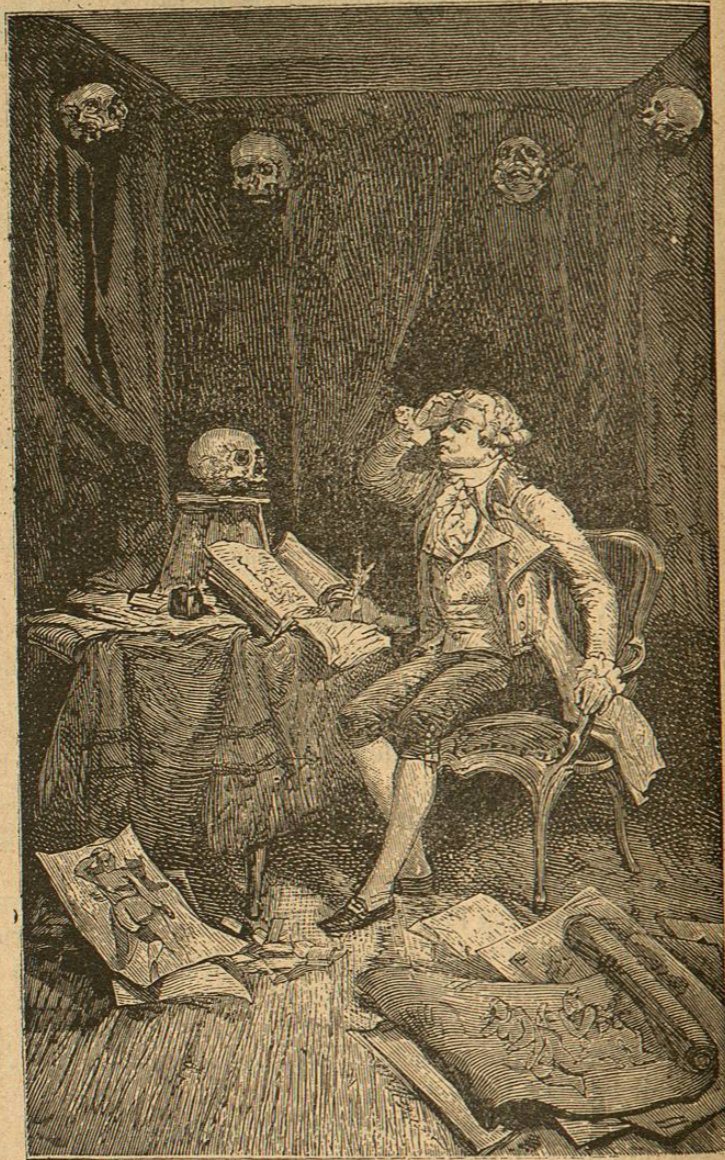
«¿Ese dictador, ese censor, ese gran juez que queréis elevar al poder más elevado que haya ocupado ningún hombre, podrá descender libremente? Un partido lo eleva por propio interés del partido. ¿Este partido cubierto de la sangre más querida de la República puede creer que el dictador se inspirará en las ideas del bien y del respeto? Dueño una vez y reinando bajo la filosofía utopista ¿encadenará para siempre á la nación á la dictadura, se erigirá rey en nombre de la Salud pública?»

Así pensaban la mayoría de los republicanos, no sólo los que temían algo de Robespierre, los Fouché, los Tallien, los Thermidorianos, si no los más honrados montañeses, los Romme, los Soubray, los Manse, etc., irreprochables ciudadanos que lejos de ceder á la reacción combatíanla á precio de su sangre. Estos no apoyaron á Robespierre, convencidos como estaban de que su triunfo era solo el de un partido, menos aún, el de una pequeña Convención.

Aún entre los Thermidorianos, muchos de aquellos que una ciega sensibilidad condujo muy lejos en el camino de la seducción, que se mostraron violentos, imprudentes, inconsecuentes, Lecointre, por ejemplo, no fueron menos desinteresados en su odio contra Robespierre. Aborrecieron en él la naciente dictadura.

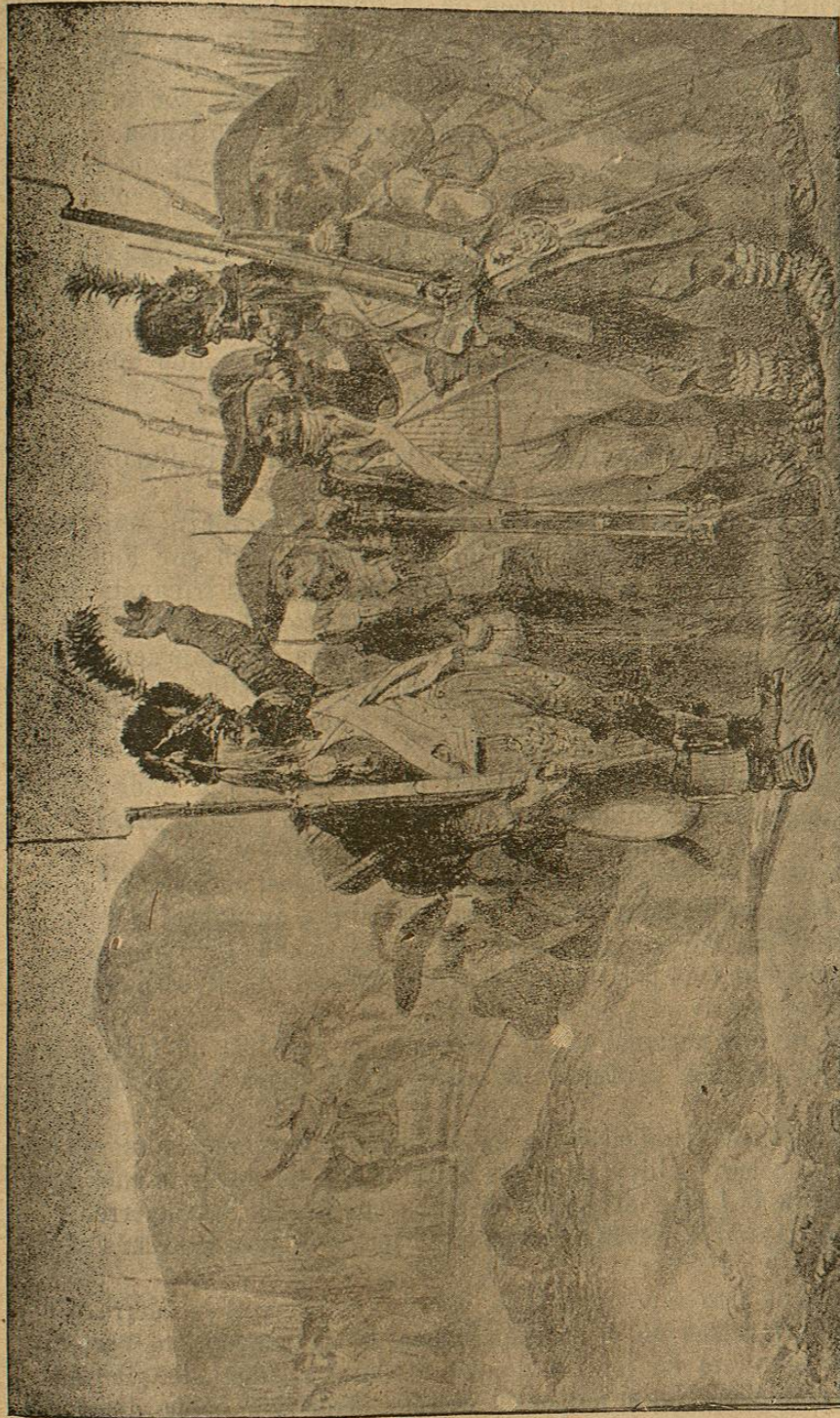
Resultará extraño decirlo, pero quien lo combatió con energía comunicando á los débiles su entusiasmo y su valor, la fe en su audacia, fué Lecointre, en Versalles. Era un buen hombre, algo loco, excesivamente colérico. Nacido con figura grotesca, con una fisonomía atrayente

por lo ridícula, parecía una de esas criaturas hechas adrede por la naturaleza para hacer reír. Burlesco en todo y en todo torpe, realizaba co-



Supo refugiarse en una sala tapizada de negro, adornada con las calaveras que representaban los grandes hombres de la antigüedad. (Pag. 454)

sas audaces, asombrosamente atrevidas. Solo Lecointre, después del aplastamiento en que cayó Legendre, tenía el poder de acusar á la Convención. Tenía muy buen corazón. En Sevres había hecho muchas



LOS SOLDADOS DE LA REVOLUCIÓN

El sargento. — El representante de la Convención ha dicho: «Tenien lo hierro y pan podemos ir hasta la China». De zapatos no ha hablado nada. (Litografía de Raffet)

obras caritativas. Vestía á los pobres, los alojaba, les daba dinero. El día 6 de Octubre, tomó el mando de la guardia nacional, abandonada por su jefe. Llevado á la Legislativa denunció á Narbonne, á Beaumarchais y á otros. En la Convención pidió en nombre de la humanidad que se permitiera al prisionero del Temple comunicar con su familia. Se conoce ya la demanda de Lecointre, imponiendo vigilancia ilimitada á los comités revolucionarios. Pero lo que más asombra es que el 30 de Agosto del 93, siendo Robespierre presidente, Lecointre creyó que Robespierre proclamaba como decretada una cosa que aún no se había votado: «Señor—dijo—yo os recomiendo que respetéis la voluntad de la Convención nacional.» Al salir de la Convención Robespierre preguntó por qué le había apostrofado y Lecointre contestó: «Tu me conoces: yo no he destruído un tirano para respetar á otro.» Hay que añadir que Lecointre votó por la muerte del rey sin clemencia alguna. Se le creyó loco.

Estas cosas de Lecointre, las de Bourdon, las de Bentabole, antiguos maratistas, prepararon el Thermidor.

Pocos días después de la muerte de Danton, Lecointre invitó á comer con él á dos individuos que no se conocían. Uno era Fouquier-Tinville, primo de Desmoulins, empleado por él en el tribunal; condenado á muerte, Fouquier, en relaciones íntimas con el comité de Seguridad del que recibía ordenes todas las noches, era probablemente confidente suyo por su odio á Robespierre. El otro invitado era Merlin de Thionville, amigo de todos los dantonistas y aborrecido por Robespierre por su influencia en el ejército.

¿Cuál fué la conversación? Fácil es adivinarla. Sin duda se notó con espanto los agigantados pasos de Robespierre hacia el poder. Cada uno de los grandes juicios lo aproximaba gradualmente.

Después de todos los acontecimientos conocidos, en los que figuraron como protagonistas y víctimas sus enemigos, quedábale la Comuna gobernada por Payau amigo suyo que podía armar la guardia nacional á su favor mandada por Herriot, éste dependiente de Robespierre que lo salvó con motivo del proceso Hebert.

La guardia nacional estaba convocada en los días de peligro por medio de escritos personales á domicilio, dirigidos á los robespierristas.

Tampoco se tenía confianza en este ejército y se creó un cuerpo especial, un colegio militar para tres mil alumnos de dieciséis años bajo la dirección de Lebas, el más devoto de los agentes de Robespierre.

Era imposible ir más directamente hacia la dictadura ni más rápidamente.

Nada de esto se comprendería por el carácter de Robespierre si no se observara detrás de él la impaciencia de su partido. No permitía éste que caminara su jefe, si no que lo llevaba arrastrado. ¿Por qué? ¿Por la ambición? No, si no por el secreto terror que había dejado la

muerte de Danton, la desesperación súbita de todos los hombres conocidos.

El partido robespierrista confundió su seguridad con la de la Francia.

Entre tantas medidas adoptadas por el partido robespierrista, las solas que pertenecían á la iniciativa de su jefe eran la creación de un cuerpo de policía especial y la tentativa religiosa.

La primera, aun ejecutada por un hombre tan poderoso, llevóse á cabo sagazmente.

Se creó una administración de cárceles, y como simple apéndice un negociado de policía que se ocupaba en los atestados del gobierno con la policía común. El jefe de este negociado era Lame, paisano de Robespierre, y director Herman d' Arras. La alta vigilancia se concedió á Saint-Just, siempre ausente para poder ser sustituido por Couthon ó el mismo Robespierre.

Este negociado creció en importancia, adquirió facultades hasta ser en Messidor el rival del comité de Seguridad, elevándose á procurador de la guillotina.

La cuestión religiosa fué llevada con mucha prudencia. El 6 de Abril se anunció sencillamente una fiesta sobre el Ser Supremo, una fiesta al Eterno. Un mes después, el 7 de Mayo, se pronunció un discurso de alabanza á Dios, atacando á los curas, pero pidiendo al final lo que los sacerdotes deseaban: la libertad de cultos, la libertad de los católicos, mejor dicho. Un mes después no solo se pronunció un discurso, si no que se realizó un acto decisivo. Robespierre, puesto ante el pueblo como un pontífice civil, unió los dos poderes.

Una nueva educación no es cosa que puede organizarse en un solo día. Hasta entonces la educación moral del gran pueblo quedaba fuera del alcance del clero gracias á la ley de Robespierre.

El *Ser Supremo, la inmortalidad del alma, la religión del deber, la creación de fiestas morales* serán nobles y elevadas ideas. Solamente que iban mezcladas con las injurias del rencoroso moralista, agarrado á la carne de tantas víctimas inmoladas, manchándose con las cenizas de Danton.

Lo que chocará siempre á los hombres verdaderamente religiosos es que la religión fuese recomendada como cosa *útil*. Esto es lo mismo que usar á Dios como un específico moral.

Los católicos á quienes favorecía la ley estaban descontentos. Deseaban más libertad de la que se les concedía.

Implícitamente Robespierre estableció el domingo para el descanso, es decir, se volvía al antiguo régimen. Los católicos ganaron la causa.

Todo esto se dejaba sentir con más fuerza en Europa que en el mismo París.

El discurso que pronunció el 7 Robespierre le dió fama de hombre gubernamental.